

JESÚS DE NAZARET: RESISTENCIA FRENTE AL PODER

El anhelo de poder de los discípulos

41 Congreso de Teología

Jesús Peláez

Deseo dedicar esta conferencia a quien fue durante tantos años mi maestro, a Juan Mateos, traductor de la *Nueva Biblia Española* y del *Nuevo Testamento*, que falleció el 23 de Septiembre de 2003. Con él trabajé intensamente antes de trasladarse de Granada a Córdoba, pero, especialmente, a partir de 1990 durante 13 años en esta ciudad, hasta unos días antes de su muerte.

Además de discípulo, tuve el honor de considerarme su amigo y de publicarle, como editor de Ediciones El Almendro, gran parte de su obra sobre el Nuevo Testamento: *El horizonte humano*, *Evangelio Figuras y Símbolos*, *La utopía de Jesús*, *El Hijo del hombre*, *Marcos, texto y comentario*, *Juan, texto y comentario*, *Método de análisis semántico aplicado al Nuevo Testamento*, los tres volúmenes de *El Evangelio de Marcos. Análisis lingüístico y comentario exegético*, la edición de bolsillo del *Nuevo Testamento*, y cómo no, los tres primeros fascículos de un proyecto en curso el *Diccionario Griego-Español del Nuevo Testamento*, iniciado por él, del que está a punto de salir el sexto fascículo, y muy avanzado el séptimo.

Juan Mateos fue durante años pilar y referente del movimiento de comunidades cristianas de base. Como escribí con ocasión de su muerte: “Cuanto lo conocimos tuvimos la gozosa experiencia de encontrarnos

ante un creyente moderno que propugnó conciliar en su obra y en su vida la fe cristiana con la razón y la modernidad”. Así lo hicieron en el pasado Tomás de Aquino, Averroes y Maimónides (mundo cristiano, árabe y judío) como en nuestros días, Leonardo Boff, Ignacio Ellacuría, Pedro Casaldáliga, Jon Sobrino y Hans Küng entre otros, y cómo no, entre nosotros, Juan José Tamayo, cuya obra tan extensa invita constantemente a este diálogo entre fe y modernidad¹.

Una mirada a nuestro mundo

Cuando se me propuso hablar de “Jesús de Nazaret: resistencia frente al poder” me dio la impresión de que el tema de esta conferencia iba por derroteros distintos al resto de conferencias de este congreso, que giran en torno a la pandemia, la vulnerabilidad del ser humano y los cuidados. Pero no es así, como veremos al final, pues lo que nos está sucediendo es el resultado de la confrontación de poderes políticos y militares en el ámbito internacional que hacen que el mundo ande a la deriva.

La guerra de Ucrania nos ha cambiado el paso. Cuando en Occidente pensábamos en un mundo feliz y en la consolidación de la sociedad del bienestar, tras salir de la crisis de las hipotecas y de la pandemia, esta guerra lo está trastornando todo. La pandemia, además, nos ha devuelto la conciencia de la vulnerabilidad y de la necesidad de cuidados que todos, especialmente los mayores, necesitan². Con el neoliberalismo dominando

¹ A este nombre puede unirse una larga lista de teólogos españoles como José María Castillo, José Ignacio González Faus, Manuel Fraijó, Andrés Torres Queiruga, José María Vigil y otros que podrían citarse.

² Recomiendo para este tema de los cuidados el cuaderno nº. 219 de Cristianismo y justicia: *El cuidado como horizonte político*, de José Laguna, que se presenta como una contribución a la elaboración del nuevo paradigma de la vulnerabilidad, un paradigma crítico con los relatos que han configurado la

por doquier y con la guerra de Ucrania, la inflación de los países europeos –y no solo de los europeos- alcanza cotas nunca vistas. La desigualdad entre los seres humanos sigue aumentando tras la pandemia. La vida se encarece, las energías incrementan su precio a diario; como consecuencia, la cesta de la compra sube y las familias más vulnerables, con la soga al cuello, hacen cálculos para ver cómo llegar a final de mes.

La humanidad ha vuelto a las andadas. El mundo se ha dividido de nuevo en bloques antagónicos, como en tiempos de la Guerra fría:

-Rusia, como un nuevo Goliat, trata de recuperar el antiguo poderío a precio de invasión, bombas, sangre, tragedias, muertes, heridos y desplazados internos y externos³. Lo que está sucediendo es algo que jamás hubiésemos pensado que tendría lugar en Europa.

-Ucrania, por su parte, está rearmándose con la ayuda de Europa, América y la OTAN, para resistir esta invasión salvaje y tratar de defenderse como David contra el gigante. La lucha por el poder –al que Jesús renunció de por vida, como veremos, y por el que llegó a ser asesinado- nos puede llevar al traste a todos con un conflicto nuclear. Y los ciudadanos de a pie nos debatimos ante un futuro para nosotros y para nuestros hijos que los medios de comunicación pronostican duro y difícil, inoculando miedo en la ciudadanía, tal vez para que esta “sea sumisa a los dictados del poder político y económico, humille la cerviz y cumpla las leyes del rebaño”,

cosmovisión occidental de la autosuficiencia y el olvido del cuerpo. Partiendo de un momento deconstructivo previo, el cuaderno propone crear retóricas «somatopolíticas» que, desde la semántica universal de la vulnerabilidad, pongan en el centro de la praxis social, la exigencia ética de la responsabilidad y la reivindicación política del cuidado.

³ Leo en Internet que el número de desplazados en el mundo, debido a las guerras, a las hambrunas y al cambio climático ha superado ya los 100 millones de personas.

como escribía Manuel Vicent en una columna de El País (04-08-2022). Un gran paso atrás que nunca hubiéramos imaginado antes de esta guerra.

Así está el mundo, metido todavía en el eterno lenguaje de las armas que proporcionan muerte y destrucción inútiles, -no solo en Ucrania, sino en tantas otras guerras y conflictos militares silenciados estratégicamente, tanto por los medios de comunicación como por los gobernantes. Por este camino no se va a la vida. En resumen, donde soñábamos paz y desarrollo, de golpe nos hemos topado con una lucha por el poder a escala internacional, que se traduce en guerra y desconcierto, sin saber al levantarnos cada día qué de malo nuevo nos puede suceder. Ojalá que, cambiando de táctica, la diplomacia y la política ocupen pronto y en exclusiva el lugar de la guerra como herramientas de construcción del futuro y se pueda recomponer la familia humana dividida en bloques antagónicos.

Lo que acabo de decir nos puede servir de trasfondo para esta conferencia, cuyo título en el programa es “Jesús de Nazaret: resistencia frente al poder”. En una versión anterior, el título era “Jesús de Nazaret: resistencia frente a los poderes”. Ese título, en plural, me gusta más porque alude a los distintos poderes que regían la sociedad en tiempos de Jesús: el poder de los sumos sacerdotes, concentrado en el templo (hoy diríamos el poder eclesiástico o la jerarquía, palabra que, por cierto, no aparece en los evangelios; el poder ideológico (integrado por todos los entendidos en la Torá o Ley de Dios, especialmente los fariseos y letrados, o sea, la gente piadosa, los teólogos y los juristas); el poder económico (representado por los saduceos o aristocracia-terrateniente) y el poder

político (delegado del imperio romano), encarnado en Herodes el Grande, Arquelao y Pilato.

Pero, como el tema de “Jesús de Nazaret frente al poder” es tan extenso que supondría explicar el evangelio entero⁴, yo me voy a fijar en un solo punto, que es ya suficientemente amplio, con el que he subtitulado esta conferencia: “El anhelo de poder de los discípulos”, entendiéndolo por “anhelo” no un simple deseo, sino un deseo vehemente. Para nosotros, que no somos poderosos y queremos ser discípulos o seguidores de Jesús, tal vez pararnos a pensar en los discípulos de este nos pueda servir de diagnóstico para saber la actitud que, en ningún caso, deberíamos tomar en la vida.

El anhelo de poder

El anhelo de poder es algo connatural a la estirpe humana y se da en todos los ámbitos de la vida: en las relaciones afectivas, en la familia, en la cultura, en la empresa, en la religión, en la economía y en la política. El ser humano ha sentido siempre la pasión por dominar, por sentirse dueño, que esto significa “dominus”, no solo de sí mismo, sino de los demás. El poder se vive como conciencia de dominio, como percepción de la propia potencia. Thomas Hobbes decía: “Doy como primera inclinación natural de toda la humanidad un perpetuo e incansable deseo de conseguir poder, que solo cesa con la muerte”. San Agustín había dicho muchos siglos antes que nos mueven tres grandes deseos: el deseo de sentir, el de conocer y el

⁴ El tema del “poder” está muy bien tratado en el artículo de Juan José Tamayo, “La indignación y los conflictos de Jesús de Nazaret”, Revista *Questions de Vida Cristiana* (2012) 23-52.

de dominar (libido sentiendi, libido cognoscendi, libido dominandi)”. El poder es un modo de afirmación y de reconocimiento social. La llamada de la fama o de la gloria y el afán de distinguirse y de estar sobre los demás es un motor muy poderoso. Escribía Bertrand Russel que “las dos mayores pasiones humanas son el afán de poder y el afán de gloria”⁵, a las que hay que sumar el deseo de dinero.

Pues bien, para hablar del “anhelo de poder de los discípulos” me voy a limitar a estudiar el tema solamente en el evangelio de Marcos, evangelio que Juan Mateos junto con Fernando Camacho comentaron en tres volúmenes de un total de 1.956 págs. (I- 570, II- 518 y III- 858) y del que voy a tomar la interpretación de los textos⁶.

Mi homenaje a Juan Mateos va a consistir, por tanto, en recuperar su interpretación del evangelio de Marcos en un punto tan importante, de modo que veáis en mis palabras las suyas; con frecuencia transcribiré literalmente los comentarios de este autor, aunque abreviados. De ahí que, a lo largo de esta conferencia, no me remita constantemente a este comentario, a mi juicio el más extenso en páginas y entre los mejores en contenido de los existentes sobre el evangelio de Marcos, no solo en el

⁵ Para iniciarse en el tema del “poder”, véase José Antonio Marina, *La pasión del poder. Teoría y práctica de la dominación*, Anagrama, Barcelona 2014. En esta obra de divulgación, que se nutre de citas de muchos otros libros, su autor estudia la fascinación del poder y su genealogía, la teleología del poder, sus recursos y estrategias, entre otros puntos. Debe consultarse también el libro ya clásico de John Kenneth Galbraith, *La anatomía del poder*, Plaza & Janés Editores, S.A., Esplugues de Llobregat (Barcelona) 1984, una obra imprescindible para todos los que deseen comprender el fenómeno del poder o ejercerlo. Para la tensión entre Carisma y Poder en la Iglesia, debe citarse a Leonardo Boff, *Iglesia, carisma y poder*, Sal Terrae, Bilbao 1984, 2ª ed.

⁶ Obra publicada originariamente por Ediciones El Almendro de Córdoba (I y II: 1993; III: 2008), reimpressa por la Editorial Herder, Barcelona 2016. Una síntesis de esta obra se publicó con el título de *Marcos: Texto y Comentario*, Ediciones El Almendro, Córdoba 1994.

ámbito nacional, sino también internacional, cuya consulta, lectura y estudio detenidos recomiendo vivamente⁷.

Poder

El excelente diccionario de María Moliner da varias acepciones de la palabra “poder”, de las que nos interesan dos: la primera es “la capacidad para hacer cierta cosa” o “la facultad de convertir en acto una posibilidad”; la segunda, cuando se refiere a personas, agrupaciones o estados, la define esta autora como “la fuerza para dominar a otros, o dominio o influencia sobre otros”⁸. El poder consiste no solo en que otro haga lo que

⁷ De los comentarios al Evangelio de Marcos podemos citar, entre otros muchos, los siguientes: Alessandro Belano, *Il Vangelo secondo Marco. Traduzione e analisi filologica*, Aracne Editrice, Roma 2008. Antonio Rodríguez Carmona, *Evangelio de Marcos*, Comentario a la Nueva Biblia de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Bilbao 2009. Bas M. F. van Jersel, *Mark. A Reader-Responde Commentary*, Sheffield Academic Press, Sheffield 1998. Ben Witherington III, *The Gospel of Mark. A Socio-Rhetorical Commentary*, William B. Eerdmans, Grand Rapids, Michigan 2001. Daniel J. Harrington, “Evangelio de Marcos”, en *Nuevo Comentario Bíblico San Jerónimo: Nuevo Testamento*, editado por Raymond E. Brown, Joseph A. Fitzmyer y Roland E. Murphy, Verbo Divino, Estella 2010. Fernando Belo, *Lectura materialista del Evangelio de Marcos*, Verbo Divino, Estella 1975. John R. Donahue-Daniel J. Harrington, *The Gospel of Mark*, The Liturgical Press, Collegeville-Minnesota 2002. J. M. González Ruiz, *Evangelio Según Marcos* (Verbo Divino, Estella 1988. Joachin Gnlika, *El Evangelio según San Marcos*, Vols. I-II, Sígueme, Salamanca 2019. Joel Marcus, *El Evangelio Según Marcos*, Vols. I-II, Sígueme, Salamanca: 2010-2011. Josef Schmid, *El Evangelio según San Marcos*, Herder, Barcelona 1966. Paul Lamarche, *Évangile de Marc*, Editions J. Gabalda, Paris 1996; Rudolf Pesch, *Il vangelo di Marco*, Paideia Editrice, Brescia 1977. Rudolf Schnackenburg, *El Evangelio según San Marcos*, Vols. I-II, Herder, Barcelona 1980. Vicent Taylor, *Evangelio Según San Marcos*, Ediciones Cristiandad, Barcelona 1979. Xabier Pikaza, *Evangelio de Marcos. La Buena Noticia de Jesús*, Verbo Divino, Estella 2012.

⁸ Encuentro otras definiciones en el libro citado de José Antonio Marina, *La pasión del poder*, o.c. pp. 29-30: Max Weber: “Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad, dentro de una relación social, aun contra toda resistencia y cualquiera que sea el fundamento de esa probabilidad”. Robert Dahl, Willim V. D’Antonio y William H. Form: “La habilidad para controlar el proceso de toma de decisiones en

yo deseo, sino también en impedir que el otro haga lo que desea. En este sentido hablaremos del anhelo de poder de los discípulos, pues estos mostrarán, de uno u otro modo, en catorce ocasiones, al menos, su deseo de poder, tratando de impedir en todo momento que Jesús renuncie al mismo.

Juan Mateos, en el primer volumen de su comentario al evangelio de Marcos, dedica una nota extensa a precisar qué es y en qué consiste el poder, convencido como está de que la nota distintiva de la tarea evangelizadora de Jesús es su resistencia frente al poder, allí donde esté encarnado.

Para este autor, los instrumentos del poder son tres:

1) la capacidad de intimidar, que usa la violencia y la coacción, y amenaza con el castigo.

2) La capacidad de recompensar, que compra la adhesión con la promesa de estima, riqueza u honores, explotando la ambición de los otros y su deseo de seguridad.

3) La capacidad de persuadir que inculca una ideología que exalta el poder, y presenta la obediencia y la sumisión como un bien deseable; además, el poder se aureola de autoridad en el saber y en el obrar, y explota la ignorancia o la falta de criterio y espíritu crítico⁹.

Intimidación, violencia, coacción, capacidad de recompensa, miedo, amenaza de castigo, persuasión o seducción, sumisión u obediencia son

una comunidad". Giddens: "El control ejercido sobre la actividad de otro mediante la utilización estratégica de recursos". Bernard Bas: "Un control sobre los demás mediante el empleo de recompensas y castigos". Según Max Weber, (citado por Steffano Guzzini, *El poder en Max Weber*) poder es "cualquier oportunidad en una relación social para imponer la voluntad de uno frente a la resistencia de otros, independientemente de lo que dé origen a esa oportunidad"; véase *Relaciones internacionales*, nº 30, Octubre 2015-Enero 2016.

⁹ J. Mateos - F. Camacho, *El evangelio de Marcos*, o.c. , vol. I, 97-98.

palabras que suelen acompañar en mayor o menor grado al ejercicio del poder de cualquier clase, sea este social, afectivo, económico, político o religioso.

Estos aspectos aparecen, de uno u otro modo, en el evangelio de Marcos, referidos especialmente a los miembros del Gran Consejo judío o Sanedrín formado por sumos sacerdotes, fariseos y saduceos, y también, al poder político delegado romano.

Llama la atención de entrada que el evangelio no tiene una palabra para designar el “poder” en el segundo sentido descrito. La ausencia de esta palabra es ya, de suyo, significativa, hasta el punto de que se puede afirmar que el léxico del poder no entra en el vocabulario de Jesús de Nazaret. Cuando se alude al poder de Jesús en el evangelio de Marcos se dice que tiene *dýnamis*, palabra que se suele traducir por “poder”, pero que se refiere casi siempre, como en la primera definición dada, a “la capacidad de Jesús de obrar curaciones o de expulsar demonios o espíritus impuros de los individuos”. Esta capacidad no va acompañada nunca de intimidación, violencia o coacción por parte de Jesús al individuo, ni este exige, en modo alguno, obediencia o sumisión a aquellos que se benefician de ella.

No voy a detenerme a estudiar los diez casos en los que aparece esta palabra en el evangelio de Marcos. Voy a traer a colación solo dos: Mc 6, 2 donde leemos: “Cuando llegó el día de precepto se puso a enseñar en la sinagoga; la mayoría, al oírlo, decían impresionados: -¿De dónde le vienen a éste esas cosas? ¿Qué clase de saber le han comunicado a éste y qué clase de *dýnáméis* -de poderes (nosotros preferimos traducir por “fuerzas”) son esas que le salen de las manos?”, refiriéndose a las curaciones o exorcismos obrados por Jesús. Y un poco más adelante, en

Mc 6,5, el evangelista apunta que “no le fue posible de ningún modo actuar allí con fuerza (*dýnamis*); sólo curó a unos pocos postrados aplicándoles las manos”.

En alguna ocasión, *dýnamis* se refiere a la fuerza de Dios, esto es, a su potencia de vida y a su comunicación por medio del Espíritu. Hay incluso una vez en la que se designa con esta palabra a Dios mismo: “-¿Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios bendito?” -le preguntó el sumo sacerdote a Jesús. Y este contestó: “-Yo soy. Y veréis al Hombre sentado a la derecha de la Fuerza (*dýnamis*) y llegar entre las nubes del cielo” (Mc 14,62; cf. Dn 7,13), texto en el que “la derecha de la Fuerza” equivale a la derecha de Dios.

Así que lo que entendemos por “poder”, según la segunda definición dada, no aparece en el evangelio de Marcos, aplicado a Jesús.

Autoridad

Hay una segunda palabra en el evangelio, en griego, *exousía*, que, a veces, las biblias traducen también por “poder”. Esta palabra aparece también diez veces en el evangelio de Marcos (1,22.27; 2,10; 3,15; 6,7;11,28.29.33;13,34). Su traducción correcta es “autoridad”, definida por María Moliner como “atributo que tienen ciertas personas por razón de su situación, de su saber o de alguna cualidad, o por el consentimiento de los que voluntariamente se someten a ella”.

Digno de destacar es este último elemento de la *exousía*: el consentimiento voluntario de los que acatan la autoridad. El poder se impone por la fuerza; la autoridad se acepta voluntariamente. Si en el evangelio de Marcos no se dice de Jesús que tenga poder en el segundo sentido descrito anteriormente, sí se afirma que tiene autoridad. Valgan

varios ejemplos para mostrarlo: en 1,22, los presentes en la sinagoga “estaban impresionados de su enseñanza, pues les enseñaba como quien tiene autoridad (*exousía*), no como los letrados; en 1,27, esta autoridad va en paralelo con la expulsión de los espíritus inmundos: “Se quedaron todos ellos tan desconcertados que se preguntaban unos a otros: -¿Qué significa esto? ¡Un nuevo modo de enseñar, con autoridad (*exousía*), e incluso da órdenes a los espíritus inmundos y le obedecen! (cf. 3,15; 6,7). Esta autoridad se hace patente también en el perdón de los pecados; así, antes de curar al parálítico, dice Jesús: “Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad (*exousía*) en la tierra para perdonar pecados..., -le dice al parálítico: -A ti te digo: Levántate, carga con tu camilla y márchate a tu casa” (2,10). Aunque semejante autoridad es cuestionada por sus adversarios que llegan a preguntarle quién le ha dado autoridad para actuar así, pregunta a la que Jesús no responde debido a la mala fe de sus interlocutores (11,27-33).

La palabra *exousía* tampoco tiene que ver con la segunda definición de “poder” que dimos al principio. Lo que debemos decir es que Jesús no tiene poder, ni quiere cuentas con el mismo así entendido, pero sí *exousía* o autoridad. Tanto *dýnamis* como *exousía* tienen algo en común: en ninguna de las dos palabras hay matiz alguno de imposición o coacción¹⁰.

¹⁰ Un estudio más detallado de estas dos palabras puede encontrarse en los artículos de José María Castillo, “Iglesia: La democracia anulada”, *Frontera*, Valencia 55 (julio-Septiembre 2010) 37-58; también publicado en *RELAT*, en la web de servicioskoinonia.org y de Rafael Aguirre, “La mirada de Jesús sobre el poder”, *Teología y Vida* 55 (1) (2014) 83-104

Pero que no aparezca la palabra “poder” en el evangelio de Marcos con el significado descrito no quiere decir que no existan en el evangelio unos poderes o fuerzas antagónicas al mensaje de Jesús, que están encarnados en los miembros del Gran Consejo: sumos sacerdotes, fariseos y letrados, saduceos, y en el poder delegado del imperio romano. A quienes detentan estos poderes se enfrenta Jesús a lo largo de su vida pública, hasta terminar muriendo por causa de una coalición de todos ellos, con el abandono de los discípulos a la hora de la muerte –a excepción de las mujeres, nota destacable como testigas de la muerte y resurrección de Jesús, aunque desde el punto de vista jurídico no tuviera valor su testimonio- y con asentimiento de la muchedumbre. En cierto sentido, la vida de Jesús se puede resumir en una constante resistencia frente al poder.

El núcleo del evangelio

Como he dicho con anterioridad, me voy a limitar a estudiar el tema propuesto solo en el evangelio de Marcos. Para interpretar bien este evangelio es preciso explicar lo que algunos han llamado el título del libro o el comienzo del mismo, que dice así: “Orígenes de la buena noticia de Jesús, Mesías, hijo de Dios” (1,1). Si el evangelio entero se perdiese, en esta breve frase, que no tiene ni siquiera un verbo, tendríamos condensado su núcleo más significativo. Es esta una magnífica y sencilla obertura de un evangelio o buena noticia en la que el nombre de “Jesús” remite a la historia, a ese predicador aldeano que pasó la mayor parte de su vida como anunciador de la buena noticia por las aldeas de Galilea. Por su parte, “Mesías” e “Hijo de Dios” pertenecen al mundo de las creencias.

Para un lector judío, esta construcción gramatical se contrapone a la de “Mesías, hijo de David”. De Jesús, Mesías, se dice que es Hijo de Dios: de un Dios que ama a todos por igual, judíos o paganos, frente a otro “mesías, hijo de David”, anhelado por una corriente dominante del pueblo judío, del que se esperaba que restauraría, por la fuerza de las armas, como sucesor de aquel, la situación de privilegio y de dominio de Israel sobre los demás pueblos.

Pero, al mismo tiempo que “Mesías, Hijo de Dios”, Jesús va a identificarse como el “Hijo del hombre” o “el Hombre” -tal vez el único título que él mismo se aplicó en vida, aunque siempre seguido de un verbo en tercera persona-. Esta expresión está tomada del libro de Daniel (7,13) en el que se habla de un personaje misterioso, descrito como un “hijo de hombre”, esto es, como una figura humana, una figura colectiva que encarnaba “el pueblo de los santos del Altísimo” (Dan 7,18.22.27), el Israel fiel a Dios que había de someter a los paganos¹¹. Sin embargo, en el caso de Jesús, como puede verse en la escena del paralítico llevado entre cuatro (5,18-26), este Hijo del hombre no viene a someter a los paganos (representados por los cuatro portadores del enfermo), sino a perdonarles sus pecados y ofrecerles la plenitud de vida.

Vemos de este modo que ya, en el mismo título o comienzo del evangelio, se concentra prácticamente el núcleo significativo del mismo. Este Jesús no es un “mesías de poder”, sino “el Hijo del hombre” o el modelo de hombre en el que Dios –un Dios que es amor, lo más opuesto que puede haber al poder- se manifiesta.

¹¹ Un estudio exhaustivo sobre el significado de la expresión "Hijo del hombre" es el realizado por J. Mateos y F. Camacho, *El Hijo del hombre. Hacia la plenitud humana*, El Almendro, Córdoba 1995. En las páginas 5-18 se hace una exposición de las distintas opiniones sobre el significado de esta expresión.

Así que ya, desde el principio, se puede decir que este evangelio es un manifiesto contra el poder.

JESÚS DE NAZARET FRENTE AL ANHELO DE PODER DE SUS DISCÍPULOS

Pero pasemos ya a estudiar directamente el tema que nos ocupa. En lo que sigue, voy a hacer un breve recorrido por los textos en los que los discípulos manifiestan de algún modo su anhelo de poder, con la oposición de Jesús. Serán catorce textos en total. Comencemos, pues, sintetizando lo que se dice al respecto en el citado comentario de Juan Mateos y Fernando Camacho¹².

1. *No a la fama que conduce al poder (Mc 1,36-39)*

Tras elegir Jesús a los cuatro primeros discípulos, este cura a un hombre con un espíritu inmundo en la sinagoga (1,21b-27), a la suegra de Simón que tenía fiebre (1,29-31) y, a continuación, “caída la tarde, cuando se puso el sol, le fueron llevando a todos los que se encontraban mal y a los endemoniados...” (1,32). “Curó a muchos con diversas enfermedades y expulsó muchos demonios; y a los demonios no les permitía decir que sabían quién era (1,34).

El éxito de la misión estaba cantado, pues dice el evangelista que “su fama se extendió inmediatamente por todas partes llegando a todo el territorio circundante de Galilea” (1,28). Ocasión que aprovechan Simón y los que estaban con él para decirle: “¡Todo el mundo te busca!” (1,37). Simón y sus compañeros quieren sacar partido de su popularidad -la fama y el poder van de la mano con frecuencia-, para que se quede en Cafarnaún, haciendo de él su líder. Pero Jesús rechaza este primer envite.

¹² Recomiendo vivamente ampliar cada uno de estos apartados leyendo en el citado comentario los textos que, de modo breve, se traen aquí a colación.

No se va a establecer en Cafarnaún, ni va a ceder a la tentación de poder y liderazgo. Por eso les dice: “Vámonos a otra parte, a las poblaciones cercanas, a predicar también allí, pues para eso he salido (1.38)”. Según Jesús, el evangelio debe ser anunciado no solo en la ciudad (así se denomina a Cafarnaún en 1,33), sino en los centros rurales colindantes, pues la buena noticia es para todos y no puede quedarse encerrada en Cafarnaún. Pedro y los que estaban con él se sentirían defraudados con esta decisión del maestro y considerarían que había perdido una buena ocasión para consolidar su liderazgo. Lo toman por un líder con poder para movilizar a la muchedumbre y manejar sus emociones y anhelos de liberación.

2. No a la multitud que lo oprime (Mc 3,7b-12)

A pesar de esto, la fama de Jesús va *in crescendo*, y dice Marcos que “una muchedumbre enorme procedente de Galilea, de Judea y de Jerusalén, de Idumea, Transjordania y las comarcas de Tiro y Sidón, una enorme muchedumbre que había ido enterándose de todo lo que hacía, acudió a él. Jesús dijo a sus discípulos que le tuvieran preparada una barquilla por causa de la multitud, *para que* no lo oprimieran, pues, como había curado a muchos, se le echaban encima para tocarlo todos los que padecían algún tormento. Y los espíritus inmundos, cuando percibían su presencia, se postraban ante él y gritaban: -Tú eres el Hijo de Dios. Pero él les conminaba una y otra vez a que no le dieran publicidad.” (3,7b-13).

En esta ocasión sigue a Jesús gente no sólo de Cafarnaún y los alrededores, sino de todo el país, pero también de fuera del país, de Idumea, Transjordania y las comarcas de Tiro y Sidón, regiones paganas.

No solo judíos, sino también paganos acuden a Jesús, tal vez deseando sacudirse el yugo de la opresión, viniese de donde viniese, pues lo identificaban con el liberador que esperaban.

En contraste con Cafarnaún, donde Jesús curaba por propia iniciativa, aquí la gente lo toca contra su voluntad, reduciéndolo a un papel puramente pasivo. Traduciendo a otros términos este lenguaje figurado puede decirse que los oprimidos, que ven en Jesús una esperanza de liberación, no esperan a conocer su programa, sino que pretenden imponerle el propio, la obtención de una liberación inmediata, sin esfuerzo ni compromiso personal por parte de ellos. No hay verdadera adhesión a la persona de Jesús, sino deseo de utilizarlo: esperan al líder que prodigiosamente los saque de la opresión en que se encuentran.

Pero Jesús no tolera ser manipulado o instrumentalizado; su servicio a los hombres se realiza desde su libertad y desde la coherencia con su compromiso. De ahí que dijese a los discípulos “que le tuvieran preparada una barquilla por causa de la multitud, para que no lo oprimieran”. Los discípulos, no por deseo propio, sino por encargo de Jesús lo separan de la multitud con la que este no se identifica, renunciando de nuevo a ser su líder en estas condiciones.

Tampoco está de acuerdo Jesús con los espíritus inmundos que gritaban “Tú eres el Hijo de Dios”, pues al tratarse de una multitud en la que había tanto judíos como paganos, es de suponer que la idea de Dios que tienen los demonios es la de un amplio sector del judaísmo y del mundo pagano: un Dios todopoderoso que interviene violentamente en la historia para vengar injusticias y castigar a los opresores. Y esto es lo que esperan de Jesús. Tal vez quieren hacer de él un líder de una subversión social que dé por la fuerza la revancha a los oprimidos.

En esta situación, Jesús conmina / increpa una y otra vez a los demonios para que no le den publicidad. El verbo griego *epitimáô* que traducimos por “conminar / increpar” significa “amenazar a alguien si no cumple algo que se le ordena, o requerir a alguien que tiene poder para ello a que haga cierta cosa, llevando el mandato una amenaza implícita o explícita para el caso de no ser obedecido”.

En el evangelio de Marcos aparece siete veces el verbo *epitimáô* /conminar, curiosamente siempre que está en juego la identidad de Jesús. Así Jesús conmina a diversos espíritus inmundos para que no digan quién es (1,25; 3,12; 9,25), al viento-mar como si de un demonio se tratase (4,39); a sus discípulos para que no cuenten lo sucedido en el monte de la Transfiguración (8,30), a Pedro –a quien Jesús llama Satanás” tras el primer anuncio de la pasión, muerte y resurrección (8,33) después de que Pedro lo hubiese conminado a él (8,32). Este verbo aparece también, como vemos, en boca de Pedro y también de los discípulos que conminan o amenazan a los que llevan los chiquillos o niños a Jesús (10,13), incluso en boca de muchos que no toleran que el ciego Bartimeo llame a Jesús “hijo de David” (10,48), aunque el ciego no hace caso de esta amenaza y sigue llamándolo de este modo, viendo en él un salvador político militar para Israel. El ciego es figura de los discípulos que no desean otra cosa que asegurar su relevante participación en el triunfo que esperan de Jesús.

3. Obligados a ir a los paganos (Mc 6,45-46)

La escena de la mal llamada “multiplicación de panes y peces”, que deberíamos denominar más bien “reparto de panes y peces”, pues la palabra “multiplicación” no aparece en el relato, concluye con este texto: “En seguida obligó a sus discípulos a que se montaran en la barca y fueran

delante de él al otro lado, en dirección a Betsaida, mientras él despedía a la multitud. Cuando se despidió de ellos se marchó al monte a orar” (6,45-46).

Y uno puede preguntarse a qué se debe la reacción de Jesús de obligar a sus discípulos a irse en dirección a Betsaida, pues con el verbo “obligar” se da a entender que los discípulos se fueron en contra de su voluntad. La razón es clara: Jesús los obliga a separarse de la multitud para impedir que susciten en la gente un entusiasmo que pretenda hacer de él un líder popular como sucedió en Cafarnaún. Esto se ve confirmado por el hecho de que los obliga a que fuesen en dirección a Betsaida, ciudad situada en la orilla norte del lago, más allá del Jordán, fuera de los límites de Israel, venciendo de este modo la resistencia que los discípulos –que defienden el privilegio de Israel- tienen para anunciar el evangelio a los paganos.

Estos discípulos todavía no han aceptado el universalismo de un Jesús que viene a anunciar la buena nueva tanto a judíos como a paganos, como puede verse por el doble relato del reparto de panes y peces en el evangelio de Marcos: el primero, en territorio judío (6,35-45) y el segundo, en territorio pagano (8,1-9), dando a entender que Dios, por medio de Jesús, da de comer al nuevo pueblo de Dios, compuesto de judíos y paganos, poniendo fin al privilegio de Israel según el que Dios anunciaría al final de los tiempos el perdón para los judíos y la venganza o el desquite de Dios para con los paganos, como puede leerse en Isaías 61,1-2: “El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios...”

En el evangelio de Juan, este relato termina aclarando por qué Jesús obligó a los discípulos a separarse de la multitud e irse a Betsaida. Dice este evangelista que, al terminar el reparto de panes y peces “aquellos hombres, al ver la señal que había realizado, decían: -Ciertamente éste es el Profeta, el que tenía que venir al mundo. Jesús entonces, dándose cuenta de que iban a llevárselo por la fuerza para hacerlo rey, se retiró de nuevo al monte, él solo” (Jn 6,15). La actitud de Jesús, de resistencia al poder, queda claramente explicitada en este evangelista. Jesús ciertamente será rey, pero no como los reyes de este mundo.

4. El viento que amenaza la barca (Mc 4,35-51)

La ideología exclusivista de los discípulos a los que Jesús obliga a ir a Betsaida, territorio pagano, aparece de nuevo en la escena de la Tempestad calmada (4,35-5,1), representada por “un fuerte torbellino de viento que sobrevino y estuvo a punto de poner en peligro la barca”. Esta escena tiene de trasfondo el libro de Jonás donde el profeta, enviado a anunciar la salvación a un pueblo pagano, rechazó el encargo divino y, en consecuencia, se produjo una tempestad que puso en peligro la vida de todos los tripulantes. Jonás, que no quería anunciar la salvación a los paganos, se echó a dormir en la bodega (Jon 1,5).

En esta escena de Marcos, la figura de Jonás se desdobra en dos: los discípulos y Jesús. El fuerte torbellino de viento que pone en peligro la barca, es a nivel simbólico la mentalidad exclusivista de los discípulos que les impide llegar a la otra orilla, a la orilla pagana. Jesús no comulga con esta mentalidad y dice Marcos que “él se había puesto en la popa, sobre el cabezal, a dormir”, como muestra del rechazo de esta forma de pensar de sus discípulos. Una vez despertado por ellos, Jesús “conminó

al viento” (como si de un espíritu impuro se tratase), “y le dijo al mar: -¡Silencio, estate callado! El viento cesó y sobrevino una gran calma” (4,39). Acto seguido, la barca llega a orilla pagana donde le sale al encuentro el endemoniado geraseno. Gracias a Jesús, el evangelio será anunciado también en el país pagano en contra de la mentalidad exclusivista de los discípulos que mantenían el privilegio de Israel, de un Dios que favorece a su pueblo y castiga al resto de pueblos de la tierra.

5. Pedro no acierta (Mc 8,27-30)

Hay un texto del evangelio de Marcos, que es el gozne que lo divide en dos y que no se ha entendido bien. Está en el cap. 8,27-30 en el que Pedro, a la pregunta Jesús de “¿Quién dicen los hombres que soy yo?”, contestó: “-Tú eres el Mesías” (8,27). Y apunta el evangelista que Jesús conminó no solo a Pedro, sino a todos los discípulos “a que a nadie dijeran aquello acerca de él” (8,30).

En este texto, aunque Jesús ha preguntado a todos, es Pedro quien, como representante y portavoz del grupo, responde: “Tú eres el Mesías”. La respuesta podría parecer adecuada. Sin embargo, llama la atención que Jesús no quiere que digan que es “el Mesías”, lo que puede resultar extraño.

La palabra “Mesías” es la segunda vez que aparece en este evangelio; la primera, al principio, en el título o comienzo de la obra, como hemos visto. Allí iba sin artículo y acompañada de “Hijo de Dios” (1,1). Aquí, sin embargo, aparece Mesías, pero con artículo y no va acompañado de “Hijo de Dios”. En boca de Pedro, la expresión “el Mesías” remite a un mesías determinado,, el hijo o sucesor de David. Pedro -y con él los

discípulos- esperan que Jesús sea rey de Israel, liberador del pueblo, triunfador sobre los paganos, o lo que es igual, un mesías de poder.

Ahora se entiende mejor la reacción de Jesús porque él no se identificaba con ese modo de ser mesías, aunque Pedro -y con él los discípulos- ni lo entienden ni quieren entenderlo.

6. ¿Quién tiene el demonio: Pedro o Jesús? (Mc 9,31-33)

Acto seguido, tras la declaración de Jesús como “el Mesías” por parte de Pedro y el reproche de Jesús a los discípulos, Marcos trae a colación el primer anuncio de la pasión, muerte y resurrección con estas palabras: “Entonces empezó a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que padecer mucho, -siendo rechazado por los senadores, los sumos sacerdotes y los letrados- y sufriendo la muerte, y a los tres días resucitar. Y exponía el mensaje abiertamente. Entonces Pedro, tomándolo aparte, empezó a conminarle. Pero él, volviéndose de cara a sus discípulos, conminó a Pedro diciéndole: -¡Ponte detrás de mí, Satanás!, porque tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres” (9,31-33).

Dice el texto que “Jesús empezó a enseñarles”. Es la primera vez en el evangelio de Marcos en que la enseñanza de Jesús va dirigida a los discípulos, una enseñanza que tiene por finalidad desmontar y desmentir el elemento triunfalista contenido en la declaración de Pedro como “el Mesías”. Jesús ahora se refiere a sí mismo no como “el Mesías”, sino como “el Hijo del hombre”, contrapuesto al mesías esperado, al hijo de David, figura entendida en clave nacionalista y victoriosa.

Ante este primer anuncio de la muerte y resurrección de Jesús, Pedro sigue con su cabezonería. En esta escena se cita a Simón por el sobrenombre de Pedro que le puso Jesús. Pedro significa “piedra”, hoy

diríamos “cabeza dura”, por negarse a entender a su maestro. Pedro se dirige ahora a Jesús como si se tratase de un demonio, conminándolo con el mismo verbo con el que Jesús increpaba a los demonios. Atrincherado en sus ideales nacionalistas y en sus expectativas mesiánicas –con su anhelo de poder-, Pedro quiere persuadir a Jesús para que intente vencer a sus enemigos por la fuerza, no viendo en la muerte anunciada la entrega voluntaria de Jesús, sino su fracaso (8,30). Pedro habla a Jesús como de superior a inferior. Pero Jesús se encara con él, a quien tilda de “Satanás” delante de los discípulos y lo conmina con estas palabras: “Ponte detrás de mi, Satanás, porque tu idea no es la de Dios, sino la de los hombres” (8,33). “Ponerse detrás” del maestro es la condición del discípulo o acólito (del verbo *akolouthéô* en griego, que quiere decir “seguir”, “ir por detrás” de alguien). No es Jesús el que debe seguir a Pedro, que ejerce ahora de Satanás, sino Pedro a Jesús. Con su forma de pensar, Pedro se identifica con Satanás, el mismo que había aparecido en el desierto al principio del evangelio y al que él – con su falsa concepción mesiánica- encarna. “Su idea no es la de Dios, sino la de los hombres” (8,33).

7. Ni hablar de ir a Jerusalén (Mc 9,2-11)

Algo parecido sucede un poco más adelante en la escena de la Transfiguración (9,2-11), de la que son testigos el trío de discípulos, erróneamente considerado de “predilectos”, formado por Pedro, junto con Santiago y Juan, de los que podemos decir que necesitaban, más bien, clases particulares intensivas por parte de su maestro, precisamente por no comulgar con el modo de ser “mesías” que este propone.

En esta escena, una vez que Jesús se ha transfigurado y se le aparecen Elías y Moisés conversando con él, Pedro se dirige a este y le dice: “Rabbí, viene muy bien que estemos aquí nosotros; podríamos hacer tres chozas: una para ti, una para Moisés y una para Elías” (9,5). Pedro lo llama “Rabbí” (título que aparece en el evangelio sólo en boca de Pedro [9,5; 11,21] y de Judas [14,45]) como alguien que enseña ateniéndose a la tradición judía y situándolo en pie de igualdad con Moisés y Elías, integrando el mesianismo de Jesús dentro de las categorías del Antiguo Testamento. Pedro sitúa a Jesús en igualdad con Moisés, que representa el éxodo de Egipto con la muerte violenta de los egipcios (imagen de un Dios vengativo); Elías, por su parte, es el profeta reformador y violento, defensor celoso de Yahvé, que degolló a los sacerdotes de Baal (1Re 18,40) e hizo bajar fuego del cielo que consumió a dos grupos de enviados del rey Ocozías, que había mandado a sus emisarios para consultar a Belcebú, dios de Ecrón, con la idea de saber si se repondría de sus heridas, en lugar de dirigirse al Dios de Israel, (2Re 1,9-12).

Marcos, curiosamente, no dice de qué hablaban Moisés y Elías, pero Lucas afirma que hablaban de su “éxodo” (Lc 9,31), esto es, del paso de la muerte a la vida que tendría lugar en Jerusalén. Pedro, sin embargo, no quiere que Jesús vaya a Jerusalén donde este va a ser asesinado y le propone quedarse en el monte. La propuesta de Pedro no entra en los planes de Jesús que ha decidido voluntariamente ir a Jerusalén. La escena termina diciendo que “mientras bajaban del monte les advirtió que a nadie contasen lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre resucitase de entre los muertos” (9,9-10). Ellos se atuvieron a este aviso, aunque entre ellos discutían qué significaba aquel “resucitar de entre los muertos” (9,9-10). Los discípulos discutían entre ellos, pero no preguntan a Jesús, ni le exponen sus dudas. A pesar de la insistencia de este, la muerte del Mesías

no entra en sus cálculos; siguen en la idea mesiánica que excluía la muerte y aseguraba el triunfo. Se hace, además, patente el estrecho horizonte ideológico de los discípulos, limitado a la vida terrena, su mezquino concepto de salvación, reducido al éxito en la tierra, su desconocimiento del amor de Dios y del valor supremo de un amor a los hombres que no vacila ni ante la muerte.

8. Nada que hacer contra el demonio (Mc 9,28).

Con esta forma de pensar, los discípulos no pueden librar batalla contra Satanás o los espíritus inmundos, como les había encargado Jesús tras elegir a los doce: “Entonces constituyó el grupo de los doce, para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar, con autoridad para expulsar a los demonios” (3,14-15).

Esto queda claro en la escena del niño o chiquillo epiléptico (con un espíritu mudo) que traen a Jesús porque los discípulos no habían podido expulsar el demonio que tenía (9,18). Tras curarlo, “al entrar en casa, sus discípulos preguntaron aparte a Jesús: -¿Por qué no hemos podido echarlo nosotros? Él les replicó: Esta ralea no puede salir con nada, más que pidiéndolo” (9,28-29). La razón de su impotencia es clara: no están identificados con Jesús, su adhesión a este es insuficiente, dado que no aceptan su programa mesiánico. Jesús les responde indirectamente que deben acudir a él para que les ayude a llegar a la fe plena. Solo cuando le pidan que los libre de su falta de fe serán capaces de liberar a los demás. El obstáculo que impedía actuar a los discípulos era la doctrina de los letrados, con la que se identificaban y que los reducía a la impotencia. Pero, curiosamente, los discípulos no reaccionan, ni piden ayuda a Jesús. No ven la necesidad de una fe-adhesión mayor que la que tienen.

9. Muertos de miedo (Mc 9,30-33a)

El anhelo de poder de los discípulos y la incompreensión de estos seguirá tras el segundo anuncio de la pasión, muerte y resurrección, que termina con estas palabras: “Ellos no entendían aquel dicho y les daba miedo preguntarle” (9,30-33a). La enseñanza de Jesús es tan contraria a sus anhelos de poder que son incapaces de entenderla; por otra parte, les da miedo preguntarle, pues vislumbran que su respuesta echaría por tierra sus expectativas de triunfo. Antes, en el primer anuncio de la muerte y resurrección de Jesús, Pedro fue reprendido como si se tratase de Satanás mismo; ahora, visto lo visto, no se atreven a preguntar por miedo a la respuesta de Jesús.

10. El deseo de preeminencia (Mc 9,33b-37)

Y dice Marcos que, cuando llegaron a casa, Jesús les preguntó: “¿De qué hablabais en el camino? Ellos guardaban silencio, pues en el camino habían discutido sobre quién era el más grande” (9,33).

A partir del capítulo 8,27, “el camino” es el término técnico con el que se designa el itinerario de Jesús hacia Jerusalén donde será condenado a muerte. Conociendo Jesús la ideología de sus discípulos, muestra interés en que le digan de qué han hablado en el camino, pero ellos no responden porque, en realidad, no habían hablado, sino “discutido entre ellos sobre quién era el más grande” (9,34). Jesús les hablaba de entrega hasta la muerte, pero ellos discutían de rango y preeminencia; buscaban ser superiores, no creían en la igualdad; no se han desprendido de la manera de pensar común en el ambiente judío. Son como los letrados que gustan “de los primeros escaños en las

sinagogas y los primeros puestos en los banquetes” (12,39). Una vez más aflora la ideología de preeminencia y poder a la que Jesús planta resistencia.

Ya en la casa, Jesús se sienta –adoptando la posición del maestro-, llama a los discípulos y les ofrece la oportunidad de que reflexionen y cambien de parecer acerca de la actitud que han de adoptar en la casa-comunidad.

Dice Marcos que “entonces se sentó, llamó a los Doce y les dijo: -Si uno quiere ser primero, ha de ser último de todos y servidor de todos” (9,35). Los doce ambicionan el puesto más elevado, cada uno quiere estar por encima de los demás. Jesús se sitúa en otra perspectiva y afirma que el puesto del primero en la comunidad no está reservado a un individuo o a un grupo, sino que lo ocupa todo aquel que, respecto a los demás, se haga último y servidor. Todos pueden ser grandes por medio del servicio.

Entre los griegos¹³ servir era algo indigno; dominar y no servir es lo digno de un hombre. El servicio era estimado solamente cuando se prestaba al Estado¹⁴.

Los doce hablan de puestos en la escala social, de jerarquía. Jesús propone como ideal “hacerse el último de todos”, ponerse al nivel del que no ostenta rango alguno, del más insignificante socialmente, del que no está movido por ninguna ambición de preeminencia y prestigio.

Y añade el evangelista: “Y cogiendo al chiquillo (al niño), lo puso en medio de ellos, lo abrazó y les dijo: -Quien acoge a uno de estos chiquillos, como si fuera a mí mismo, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, más que a mí, acoge al que me ha enviado (9,36-37).

¹³ Platón, *Gorgias* 492b.

¹⁴ Demóstenes 50,2; Platón, *Leyes* 12m955cd.

Dentro de la casa donde están Jesús y los doce aparece este personaje, “el chiquillo”, (en griego, *to paidíon*), término que, por ir con artículo determinado, tiene un doble significado y designa tanto a un simple chiquillo como a un joven esclavo o criadito. Por su edad es un niño, uno que no cuenta en la sociedad, el último de todos; por su tarea es un criadito, un servidor de todos.

Al chiquillo/criadito que tiene la misma actitud de Jesús, de servidor de todos, Jesús lo coloca en medio, en el centro como punto de referencia para el grupo de los doce que han discutido sobre quién era el más grande. Jesús abrazó al chiquillo y dice el evangelista que, en un gesto de cariño e identificación, añadió: “Quien acoge a uno de estos chiquillos como si fuera a mí mismo, me acoge a mí; y el que me acoge a mí, más que a mí acoge al que me ha enviado” (9,37-38). La enseñanza de Jesús queda de este modo más que clara: hay que hacerse criaditos o servidores como único camino para ser grandes en la comunidad.

11. Los discípulos conminan a los que llevan los chiquillos a Jesús (Mc 10,13-16)

En la misma línea está el siguiente texto: “Le llevaban chiquillos para que los tocara, pero los discípulos se pusieron a conminarles. Al verlo, Jesús les dijo indignado: -Dejad que los chiquillos se acerquen a mí, no se lo impidáis porque sobre los que son como éstos reina Dios. Os lo aseguro: quien no acoja el reinado de Dios como un chiquillo, no entrará en él. Y después de abrazarlos, los bendecía imponiéndoles las manos (10,13-16).

En esta ocasión son los discípulos los que “conminan” a quienes llevan a los chiquillos para que Jesús los toque, o lo que es igual, para

que Jesús les infunda su fuerza vital. Hay un fuerte contraste entre los que llevan los chiquillos a Jesús y los discípulos que los conminan como si tuviesen un mal espíritu, de la misma manera que Pedro había conminado a Jesús. Estos discípulos tienen la misma actitud de Pedro a quien Jesús llamó “Satanás” y están imbuidos de su mismo anhelo de poder.

Más aún, estos discípulos no toleran que otros lleguen a Jesús sin aceptar los ideales del judaísmo que ellos tienen. No aceptan que se acerquen a Jesús otros que, como los chiquillos o criaditos, renuncian a toda ambición de gloria y dominio de unos sobre otros; por eso intentan oponerse.

La reacción de Jesús es fuerte, de indignación. Es la única vez en el evangelio de Marcos en que Jesús se muestra indignado con sus discípulos, cuyo comportamiento le resulta intolerable. “No se lo impedáis”, les dice Jesús, como ya les dijo a los discípulos que veían con malos ojos que uno que no era de su grupo expulsase demonios en su nombre (9,38-39). La actitud de servicio de los chiquillos es indispensable para entrar en el reino de Dios, cuya primicia y anticipo es la comunidad cristiana.

Acoger el reinado de Dios como un chiquillo significa cumplir la condición fundamental del seguimiento expresada por Jesús: “Hacerse el último de todos y servidor de todos” (9,35), o lo que es igual, negarse al camino del poder.

Es verdad que los discípulos desean el reinado de Dios, pero en términos de poder, prestigio y gloria. Sienten que el reinado llega con Jesús, pero no aceptan el modo como él lo propone. Jesús desmonta de nuevo la mentalidad de los discípulos haciéndoles ver que lo que

esperan es falso; no se puede tener la expectativa del reinado de Dios y abrigar ambiciones de dominio, individuales o nacionales. El reinado de Dios exige la igualdad entre los seres humanos y los pueblos, y excluye todo dominio de unos sobre otros.

“Y después de abrazarlos, -continúa Marcos- los bendecía imponiéndoles las manos” (10,16). Jesús adopta una relación de amigo y de familiar con estos chiquillos, la única aceptable en la comunidad en la que Dios reina.

12. Desconcertados o muertos de miedo (Mc 10,32-34)

La reacción de los doce y de los que siguen a Jesús la expresa Marcos con estas palabras: “Estaban en el camino, subiendo a Jerusalén. Jesús iba delante de ellos, y estaban desconcertados y los que seguían sentían miedo. Esta vez se llevó con él a los Doce y se puso a decirles lo que iba a sucederle: –Mirad, estamos subiendo a Jerusalén, y el Hijo del hombre va a ser entregado a los sumos sacerdotes y a los letrados: lo condenarán a muerte y lo entregarán a los paganos; se burlarán de él, le escupirán, le azotarán y le matarán, pero a los tres días resucitará” (10,32-34).

El camino o itinerario de Jesús continúa ahora en su recta final hacia Jerusalén, el centro político-religioso del judaísmo, que aparece por primera vez como meta del camino, la ciudad donde le espera a Jesús la muerte. Este va en cabeza (“iba delante de ellos”), a cierta distancia, marcando el paso. Va con resolución, dispuesto a enfrentarse a su destino y como animando a los suyos a ir tras él.

Al contrario de las dos predicciones anteriores de la pasión, muerte y resurrección (cf. 8,32b-33; 9,32), tras este anuncio no se

menciona la incredulidad o incomprensión de los discípulos, pero el texto que sigue la hará patente.

13. Los primeros puestos (Mc 10,35-41)

Se trata de la escena en que Santiago y Juan dejan clara su ambición por el poder al pedir a Jesús “sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda el día de su gloria” (10,37), ignorando que será la cruz el lugar donde se proclame la realeza de Jesús (15,26: “el Rey de los judíos”), y que los puestos a su derecha y a su izquierda corresponderán de hecho a los dos bandidos crucificados con él (15,27). Estos son los puestos que, simbólicamente, deberán ocupar sus seguidores. Para estar a su lado en la gloria hay que estarlo antes en la cruz.

Pero dice Marcos que los diez discípulos restantes, “dieron rienda suelta a su indignación con Santiago y Juan” (10,41). En realidad, la ambición de poder no es solo de Santiago y Juan, sino del grupo entero. Todos esperan que Jesús, al llegar a Jerusalén, ocupe el trono de Israel (“el día de tu gloria” [10,37]), y, por ello, desean los primeros puestos. Quieren ser “primeros”, pero sin hacerse últimos (cf. 9,35; 10,31), pasando por alto el consejo de Jesús.

La respuesta de Jesús ante esta situación es lapidaria y resume la actitud paradigmática de este ante el anhelo de poder de los discípulos: “Sabéis que los que figuran como jefes de las naciones las dominan, y que sus grandes les imponen su autoridad. No ha de ser así entre vosotros; al contrario, el que quiera hacerse grande entre vosotros ha de ser servidor vuestro, y el que quiera entre vosotros ser primero ha de ser siervo de todos; porque tampoco el Hijo del hombre ha venido para ser servido, sino

para servir y para dar la vida en rescate por todos. Y llegaron a Jericó” (10,42-45).

Los discípulos conciben un reino mesiánico autoritario y jerárquico, en todo semejante a los regímenes despóticos al uso en la sociedad. Jesús les muestra la clase de comunidad humana que él pretende fundar: una comunidad donde no exista el dominio de unos sobre otros, una comunidad de iguales donde el amor se manifiesta por el servicio mutuo; pero, al mismo tiempo, una comunidad volcada en la acción en favor de la humanidad oprimida.

Hay una radical oposición (“al contrario”, dice Marcos) entre el sistema opresor que rige los pueblos paganos y el tipo de relación que debe existir entre los suyos (“no ha de ser así entre vosotros”), poniendo de relieve el contraste de su comunidad -que es primicia de la nueva sociedad humana o reino de Dios- con una organización social, como la pagana, basada en la tiranía y el despotismo de sus gobernantes.

El relato termina diciendo que “llegaron a Jericó” (10,46). En su camino a Jerusalén, Jesús había pasado al otro lado del Jordán, penetrando en el territorio de Judea (10,1); ahora llega a Jericó, la primera ciudad conquistada por Josué al entrar en la tierra prometida (Josué 6) antes de llegar a Jerusalén. Pero Marcos, nombrando en griego la ciudad por su nombre pagano *Ierosólýma* y no por el bíblico *Ierusalếm* cambia su significado: Jericó es ahora la puerta de entrada a la tierra de opresión y Jerusalén, la ciudad donde Jesús va a sufrir la muerte.

14. El sueño de Pedro, Santiago y Juan (Mc 14,17-21)

Terminado el camino hacia Jerusalén, hay una escena más en la que quiero detenerme: es la de “la oración de Jesús en el huerto”, que tiene

lugar después de que este ha anunciado que uno del grupo lo va a traicionar. En esta escena, por cierto, llama la atención que los discípulos aparecen preocupados solamente por saber quién es el traidor: “¿Seré acaso yo, le preguntaban uno tras otro” (14,19). No piensan en el peligro que pueda correr Jesús, ni en impedir que Judas lo traicione; lo único que preocupa a cada uno es no ser tachado de traidor.

Tras la cena, Jesús predice la negación de Pedro y añade el evangelista que “llegaron a una finca llamada Getsemaní”. Allí se dirige al grupo de discípulos con estas palabras: “Sentaos aquí hasta que termine de orar”. Y a continuación “se llevó consigo a los tres discípulos “predilectos”, Pedro, Santiago y Juan (Mc 14,32-42). Esta es la tercera vez¹⁵ que Jesús se lleva consigo a estos tres discípulos –a la de tres va la vencida– y estos, una vez más, van a mostrar su postura definitiva ante la prueba por la que va a pasar Jesús: la de un total desinterés e incomprensión.

Delante de ellos deja ver Jesús su estado de ánimo, que el evangelista describe como de “profundo desconcierto y angustia” (14,33).

Y en momento tan trágico estos tres discípulos se duermen por tres veces, como muestra de su total desinterés por el camino que Jesús emprendió desde el principio de “dar la vida para dar vida”, renunciando al poder.

Lo que sucede en el huerto les trae al paio, pues siguen aguardando el triunfo con la ideología de un mesías de poder. Jesús, sin embargo, no les dirige ningún reproche. A estas alturas sabe que no puede esperar nada de ellos; están en otra onda. Y termina la escena con la frase de Jesús: «¡Levantaos, vamos, que está cerca el que me entrega!» (14,42). Después de orar, Jesús se muestra resuelto; afronta su destino sin vacilar e invita a

¹⁵ Las otras dos veces son con ocasión de la reanimación del cadáver de la hija de Jairo (5,37) y en el monte de la transfiguración (Mc 9,2).

los discípulos, sin duda a todos, a acompañarlo, a asociarse a su entrega.

Aunque ahora fallen, esta invitación vale para el futuro, vale para todos nosotros, para todos sus seguidores a través de la historia. Es una invitación a renunciar al poder, a aceptar el camino del amor y de la entrega hasta la muerte, si fuese necesario. A través de todo el evangelio de Marcos, Jesús ha hecho ver a sus discípulos que el poder no es el camino, sino el servicio y la entrega. Pero ellos no han entendido, pues siguen adheridos a la mentalidad oficial de un mesías, hijo/sucesor de David, no Hijo de Dios, ni Hijo del hombre. Todo el evangelio, como dije al principio, se reduce a esto: “No al poder, sí al servicio y a la entrega hasta la muerte”. No hay otro camino si se quiere implantar el reinado de Dios en la tierra, pero los discípulos, una y otra vez, se han mostrado rebeldes a este mensaje. Al final, Jesús se queda solo: todos lo abandonaron.

En conclusión: dentro de la comunidad hay que excluir todo dominio de unos sobre otros. La grandeza no se mide por los patrones que rigen la sociedad; no viene determinada, como en ella, por el poder que uno tenga, por el puesto que se ocupe en la escala social, por los títulos de prestigio que se ostenten o por el dinero que se acapare. La verdadera grandeza es la que confiere el servicio. No es el poder, ni el rango, ni los títulos lo que engrandece al ser humano, sino su disponibilidad y entrega a los otros. Por eso, la única grandeza a la que han de aspirar sus discípulos es la del servicio mutuo: “El que quiera hacerse grande entre vosotros ha de ser servidor vuestro, y el que quiera entre vosotros ser primero, ha de ser siervo de todos” (10,43-44); entre ellos no debería existir otra ambición que esta.

No al poder, sí a los cuidados

Estamos saliendo de una pandemia en la que ha quedado patente la vulnerabilidad del ser humano que se hace todavía más fuerte con la guerra de Ucrania y otras tantas guerras silenciadas.

El evangelio de Marcos es una clara invitación a crear una sociedad alternativa en la que no sea el poder, sino el servicio -o los cuidados, que diríamos hoy- el pilar fundamental de la convivencia humana y el centro de atención de la actividad social y política.

“No al poder, sí a los cuidados”. Con esta frase podríamos condensar el evangelio de Marcos en el que vemos cómo Jesús se movió siempre entre gente especialmente vulnerable y necesitada de cuidados a todos los niveles: pacientes con enfermedades que afectaban a la totalidad del cuerpo (parálisis, fiebre, lepra), o a sus órganos más representativos, condicionando seriamente su actividad y su capacidad de comunicarse con los otros: ojos, oídos, lengua-boca, manos, genitales. En algunos casos se trataba de posesiones demoníacas o enfermedades mentales. En una ocasión reanimó el cadáver de una niña. Gran parte de la actividad de Jesús, casi dos terceras partes del evangelio de Marcos, se concentra en remediar las enfermedades del ser humano o en relacionarse con personas mal consideradas social o religiosamente.

Pedro resumió en un discurso del libro de los Hechos la vida de Jesús con esta frase: “Pasó haciendo el bien y curando a todos los sojuzgados por el diablo porque Dios estaba con él” (Hechos 10,38).

No quiso poder alguno, intentó cortar de raíz el anhelo de poder de sus discípulos, murió víctima del poder religioso, económico y político de su tiempo, con la multitud como aliada y el abandono de los suyos, e invitó

a todos al servicio para construir una sociedad alternativa, a la que él llamaba “el reinado de Dios”.

Jesús era consciente de la vulnerabilidad del ser humano y de su necesidad de cuidado desde el nacimiento a la muerte. Y tal vez, por eso, dio prioridad absoluta al servicio y a los cuidados, y un no tajante y rotundo al poder.

Su postura ante el poder quedó clara en esta frase lapidaria:

“-Sabéis que los jefes de las naciones las dominan y que los grandes les imponen su autoridad. No será así entre vosotros; al contrario, el que quiera hacerse grande sea servidor vuestro, y el que quiera ser primero sea siervo vuestro. Igual que el Hijo del hombre no ha venido para que le sirvan, sino para servir y para dar su vida en rescate por todos” (10,42-45).

Más claro que el agua.